

# DISCURSO DE CONTESTACION

POR EL ACADÉMICO

D. FRANCISCO ALMENAR QUINZÁ

ILMO. SR.:

SEÑORES ACADÉMICOS:



Al cumplir gustoso el honroso encargo del Ilmo. Sr. Presidente de esta Academia, de dar la bienvenida en vuestro nombre al nuevo académico, mi particular amigo y querido compañero, el arquitecto D. Javier Goerlich Lleó, debo, ante todo, daros las gracias más expresivas por la especial distinción de que me hacéis objeto, ya que ello me permite realizar algo que atañe a la existencia tan preciada de la Academia, cual es la de aportar energías que han de infundirle nueva vida.

Si el representaros en cualquier momento es grato mandato para mí, el motivo en este caso lo eleva a su más alto grado, que avalora la persona del beneficiario, del eximio arquitecto, a quien su talento, su férrea voluntad y su gran amor al trabajo, han sabido conquistarle un puesto envidiable y envidiado en el campo profesional.

Al otorgar vuestro voto unánime al insigne prebendado habéis hecho una obra de justicia que os hace acreedores al fimbria de gloria que, seguramente, ha de imprimir con su actuación a esta nuestra amada Academia.

Si la pérdida de nuestro compañero entrañable, D. Luis Ferreres, produce sentimiento y su recuerdo en este momento trae a nuestra memoria su íntima compenetración con la historia de esta Corporación, es ley muy humana procurar amortiguarle mediante compensaciones intelectuales. En este caso nos hallamos.

La muerte del venturoso Ferreres fué una pérdida dolorosa que había que sustituir, porque para los estatutos no rezan duelos; y, piadosamente pensando, él, que era tan bueno, desde esa altura inaccesible donde sólo los justos tienen asiento, bendecirá hoy vuestra designación y bendecirá al designado, digno sucesor de aquel hombre trabajador infatigable y tan gran artista como éste que hoy hereda su medalla y su sitial.

Si una satisfacción íntima en la vida es el dejar un hijo, que en el orden intelectual pueda un día perpetuar nuestra memoria y nuestro recuerdo, tengo la plena evidencia que nuestro llorado Ferreres no hubiera podido elegirlo con pulso más certero; el fruto intelectual del maestro enaltece su paternidad al dar vida propia a sus producciones.



Fuera del caso a mi cometido presentar al nuevo académico, pero su personalidad y su nombre, tan rápida y sólidamente conquistados, me exime de lo que para mí sería especial satisfacción.

Creo, en cambio, interpretar vuestro común sentir, al permitirme levantar mi protesta contra el enjuiciamiento que nos ha expuesto del trabajo que hemos tenido la fortuna de escuchar con deleitosa fruición. Si afortunado y fácil es su lápiz, no ha demostrado serlo menos su pluma.

No menos le acompañó la fortuna en la elección del asunto. Su oportunidad, su viviente realidad, su acertado planteamiento, le hacen merecedor de que, cuanto antes, traspase los muros de este sacro recinto del Arte y llegue hasta el alma ciudadana donde debe anidar y debe tomar su vida propia, ese sentimiento estético de la moderna ordenación urbana.

Como habéis escuchado, la opinión técnica de nuestro país se interesa vivamente en la resolución de las múltiples facetas que plantea el delicado y latente problema de la urbanización de nuestras ciudades; yo me permito añadir, que todo nuestro esfuerzo sería inútil, si esto, que es una tangible necesidad, no llegara a interesar también a cuantos desde las distintas esferas de la actividad ciudadana, están llamados a unir su valioso esfuerzo a la actividad técnica. La resolución de estos problemas vitales en las ciudades modernas, no puede ser obra de nuestra sola rama profesional; necesita el concurso del higienista, del ingeniero, del letrado, y sobre todo exige, para que sus soluciones respondan a su primordial función, la de producir el bienestar del individuo, que toda su actuación venga, no impregnada, sino saturada de un alto sentimiento estético, de un deseo de obtener la belleza, que es fuente incontrastable del bien y del placer.

No quiero con mis palabras deshacer el encanto de lo que con deleite hemos escuchado. Termino haciendo patente el legítimo orgullo que siento al abrazar al nuevo compañero, y la íntima satisfacción al decirle en nombre de la Academia: «Bien venido seáis a este recinto».

HE DICHO.